



El Madrid sitiado: la vida cultural durante la Guerra Civil. Recuerdos de un ateneísta

Luis G. de Candamo

Texto íntegro de la conferencia leída el 23 de octubre de 2008 en el salón de actos del Ateneo de Madrid.

Querido Presidente, consocios ateneístas y amigos:

Admiro la eficacia de aquella breve frase de Schiller que inicia el *Don Carlos*, como un claroscuro desde el destello brillante del pasado hacia el negro inexorable devenir de la tragedia: «Los alegres días de Aranjuez ya pasaron».

Ahora que tengo ochenta y seis años y – presuntamente - soy el socio más antiguo de esta docta casa, late en mi cuerpo aquel incisivo descubrimiento de Unamuno: «la existencia no es otra cosa que la inserción del tiempo en la carne».

También en el sentimiento y en la memoria, que me permiten evocar, todavía con precisión, los alegres días antecedentes de la guerra incivil de los «hunos contra los hotros», que me ha incitado a recordar –recordar es volver a pasar por el corazón– el libro fascinante del historiador Jesús Blázquez: *Unamuno y Candamo. Amistad y epistolario*.

Los alegres días que habían pasado cuando yo empezaba a gastar los catorce años de la vigorosa adolescencia, atesoraban la tranquila emoción de las tardes en que se encontraban Unamuno y mi padre, en torno a la mesa camilla del gabinete de casa, como dos viejos mosqueteros en torno a un tambor, hablando de los problemas y confrontaciones del Ateneo, que tanto le interesaban a don Miguel, aunque su amor propio le impidiera afrontarlos de manera directa.



Regresaba por mi parte del Instituto – Escuela, el colegio epígono de la Institución Libre de Enseñanza, instaurado en los altos del Hipódromo, en contacto con la famosa *Residencia de Estudiantes* de la *Colina de los chopos*.

Un hábito familiar que entonces existía, era la convivencia de los hijos no sólo con los padres, sino también con cuantas personas visitaban la casa por muy destacadas que fueran. Por esta razón, mi infancia e inicial adolescencia estuvo enriquecida con el conocimiento de los eminentes escritores amigos de Candamo: Valle Inclán, Azorín, los Machado, Julio y Paco Camba y tantos otros; la generación del 98 y adláteres.

En el prólogo del libro de Jesús Blázquez he comentado algunas impresiones que conservo con gran viveza, de aquellas tardes del “gabinete” de mi casa de la calle de Claudio Coello, esquina a Don Ramón de la Cruz. Todo ha cambiado; incluso la denominación de las estancias de las casas del barrio de Salamanca que, sin duda, le hubiera gustado transcribir, si por ventura estuviera esta tarde con nosotros el queridísimo maestro Azorín.

La casa de Claudio Coello tenía tres habitaciones de estar, abiertas al exterior por seis balcones; eran el despacho, la sala y el gabinete. En una casa burguesa, como la nuestra, no se usaba como ahora la palabra *salón*, privativa de los palacios de la Castellana, aunque la *sala*, con el piano y una sillería alfonsina, más bien pretenciosa, se reservara habitualmente a las visitas. La intimidad familiar se guardaba en el *gabinete*, palabra afrancesada pero entrañable que ha desaparecido completamente del uso coloquial.

El gabinete disponía, como las demás habitaciones, de una chimenea francesa, como era necesario en un tiempo anterior a la calefacción central. Gustaba don Miguel en sus visitas, acogerse a la mesa camilla, mientras contemplaba un cuadro del pintor Morelli que representaba cierto episodio de la guerra carlista: *Defensa de un convoy*, en un lugar vizcaíno que he olvidado.

Cuando yo irrumpía en el gabinete, al regreso del Instituto – Escuela, me preguntaba Unamuno por la directora del colegio, María de Maeztu, hermana de Ramiro y de Gustavo, a la que tenía gran afecto.

Por mi parte, le mostré con entusiasmo a don Miguel un ejemplar del periódico *El Eco*, editado por nosotros, en el que aparecía mi primera entrevista con el aviador Emilio Herrera, padre del poeta Herrera Petere, que iba a ascender en globo a la estratosfera en barquilla abierta, desafiando a los rayos cósmicos. Mi padre bebía vino de Rioja – Unamuno, agua de limón. Me dejaban hablar de la representación de *La Pájara Pinta*, dirigida por Alberti y de la visita al colegio de Antonio Machado...



Unamuno sacaba del bolsillo con frecuencia ajos crudos, perfectamente pelados, con los que pretendía combatir, por consejo de los pastores salmantinos, sus agudos dolores artríticos. Luego extraía de la faltriquera una bola de miga de pan que amasaba vehementemente entre el índice y el pulgar. Justificada esta manía con su temor a perder en sus dedos la agilidad necesaria para escribir, porque se negaba a introducir en su trabajo la dactilografía.

«Entre la idea y la palabra escrita no puede haber interferencias», decía.

Algunas veces me dedicaba uno de sus consejos: «No te creas más, ni menos, ni igual que otro cualquiera; cada uno es único e insustituible, en serlo a conciencia pon tu mayor empeño».

Como decía Schiller, los hermosos días ya habían pasado. Aunque en mi recuerdo permanecen, brillantes, los acontecimientos de aquel curso 1935-36, en mi personal devenir como estudiante y también en el ámbito familiar de mi padre Bernardo G. de Candamo.

Se cumplía en los últimos días de 1935 un siglo de Ateneo madrileño, por cuyo motivo, el bibliotecario publicó en *Almanaque Literario*, un sustancioso artículo, síntesis de las ideas liberales que dieron lugar a su fundación. «Para pensar es necesario ser libres». Estas fueron las primeras palabras del discurso inaugural de su presidente, pronunciadas en el palacio del propio Duque de Rivas, el 6 de diciembre de 1835. Tal pensaron sus fundadores que fuera el Ateneo, culto y libre; una asociación en la que pudieran convivir hombres de todas las ideas.

Coincidiendo con el centenario, Candamo, quiso justificar su labor como bibliotecario de la junta durante cuatro períodos electivos, con la publicación de dos catálogos de las adquisiciones realizadas en 1934 y 1935, que sorprendieron en el ambiente intelectual por la selección de libros extranjeros y españoles que se habían incorporado a la biblioteca del Ateneo en esos años.

Consecuencia de esta divulgación de la actividad constante que mantenía mi padre al frente de la biblioteca, en el aspecto de actualizar sus fondos, sin fronteras, fue la concesión de las Palmas Académicas de la República Francesa, atribuidas en reconocimiento de su labor en pro de la cultura gala.

Fue para Candamo una gran alegría. Nacido en París la noche de Reyes de 1881 y adscrito desde la infancia a la literatura francesa, el prestigio de ser nombrado *Officier d'Academie* le produjo un gozo extraordinario.



Poco más tarde, el 17 de mayo de 1935, Candamo recibió el homenaje de más de doscientos ateneístas en reconocimiento a su labor como socio bibliotecario y con motivo de los referidos catálogos de nuevas adquisiciones de la biblioteca. El banquete constituyó un acontecimiento cultural y político de primer orden por la profusa asistencia de intelectuales, el extraordinario número de adhesiones y la importancia de las personalidades que ocuparon la mesa principal del restaurante *Los Burgaleses*, en la calle del Príncipe, frente al teatro de *La Comedia*.

Nada menos que Manuel Azaña, próximo a ser investido Presidente de la República, consagró el homenaje con sopesados elogios a la personalidad literaria y a la extraordinaria labor desarrollada por Candamo, a los que se unieron Fernando de los Ríos, los doctores Lafora y Manuel Bastos Ansart, Osorio y Gallardo, Antonio Dubois, Giral, Alejandro Casona y muchos otros.

Mi padre, respondió a las palabras de Azaña con la voluntad de que el Ateneo, a través de zozobras, de cambios de costumbres o de transformaciones políticas, se mantenga como lo que es en realidad, centro de cultura y tolerancia, último recinto romántico, «para pensar es necesario ser libres».

La sociedad española profetizaba sin embargo la tragedia. Unas terribles palabras, súbitamente, contribuyeron a interrumpir el proceso original del pensamiento en el diálogo, así como toda posible síntesis de las contradicciones.

A partir de entonces abandonaron su vigencia Sócrates y Platón; la ironía socrática, el arte del diálogo y la discusión; la dialéctica en suma; que había formado parte de las disciplinas del *trivium* y el *quadrivium* en los claustros de Alcalá y Salamanca. Ni dialéctica ni retórica.

«No puede haber más dialéctica que la dialéctica de los puños y las pistolas».

Me gustaría transmitir en estas palabras simplemente sensaciones de un testigo muy joven que vivió los dos años, ocho meses y ocho días de la guerra civil, agravados por el asedio de Madrid, iniciado el 6 de noviembre de 1936.

El aislamiento, la interrupción de la trayectoria educativa en el Instituto-Escuela, la cruenta explosión revolucionaria con la barbaridad de los incontrolados asesinatos, a diestro y siniestro, supusieron para mí una enorme convulsión que me inclinó, de momento, a retirarme en mi propia casa al refugio espiritual de la lectura.



Me divertía entonces con el sagaz comportamiento de Pickwick, el estupendo personaje de Dickens y quería contestar como él, cuando le preguntaban: «¿es usted filósofo, sir?» – «No, sir, espectador de la vida humana». Y lo sigo siendo a mis ochenta y seis años.

Una mañana, recibimos aviso del colegio para asistir a una reunión convocada por nuestro ilustre profesor don Manuel Terán. Casi con lágrimas en los ojos nos comunicó que el Instituto-Escuela suspendía su actividad. Dejaba de existir y su moderno, entrañable edificio de Hipódromo, pasaría a convertirse en un cuartel de carabineros. Siempre pasa lo mismo. En los períodos de guerra, los colegios se convierten en cuarteles. Cuando sobreviene la paz, los cuarteles se convierten en colegios. Por el momento, disfruto ahora cuando contemplo la adaptación de los viejos cuarteles de Alcalá de Henares o Aranjuez en edificios universitarios. La aproximación de las tropas adversarias a Madrid, en el mes de noviembre de 1936, produjo el verdadero cambio del ambiente de la subversión a un verdadero estado de guerra.

El primero de julio de 1936, dos semanas antes de la rebelión, se celebraron en el Ateneo las últimas elecciones democráticas, en las que Candamo fue elegido, por cuarta vez consecutiva, socio bibliotecario. Integraban esta candidatura triunfante, Fernando de los Ríos, como presidente; el doctor Manuel Bastos Ansart, vicepresidente Rodolfo Llopis y otros; casi todos personalidades políticas de gran relieve que apenas pudieron tomar posesión de sus cargos en el Ateneo.

Primordialmente, Fernando de los Ríos, se tuvo que ausentar por haber sido encargado de la Embajada de España en Francia.

Se produce en este momento una encrucijada del destino, en el que Bernardo G. de Candamo rechazó el nombramiento de Agregado Cultural que Fernando de los Ríos insistió en atribuirle, convencido de la eficacia que habría proporcionado a su misión el intelectual nacido en París, antiguo corresponsal en la guerra europea de 1914, amigo de escritores franceses como Henri Bataille, Maurice Barrés y traductor de Alejandro Arnoux, entre otros.

Además la devoción francófila de mi padre acababa de obtener la recompensa de las Palmas Académicas.

Aquí estriba el mérito de esa decisión de permanecer en las condiciones miserables del Madrid sitiado para defender la integridad del Ateneo y, sobre todo, de su magnífica biblioteca, a cuya actualidad había contribuido con la adquisición de los libros más importantes del mundo en todas las materias.



Por supuesto, nadie podía prever la duración y trascendencia del conflicto que entonces se iniciaba.

Una mañana de julio, se escucharon los estampidos de cañón que clausuraban la resistencia del Cuartel de la Montaña. Algunas horas más tarde se iniciaba un cambio de aspecto en la tranquila calle de Claudio Coello, al paso de una camioneta descubierta tripulada por personajes alborotados que acababan de asaltar una importante jamonería. Desde el balcón de mi casa contemplé la escena como un mal presagio.

Como diría Julio Caro Baroja, yo no creo que los antiguos lucharon, mataron y murieron para crear una serie de fuentes a disposición de los historiadores y, mucho menos, que hicieron sus guerras y revoluciones con el propósito de mantener para siempre el fuego del rencor.

Para mi conciencia del recuerdo, prevalece, sobre la belleza de la épica, el estoicismo de los defensores de la cultura.

Conforme fue avanzando la guerra, los habitantes de la ciudad sitiada, madrileños que se habían resistido contra todas las presiones de evacuación aconsejadas por el Gobierno y la Junta de Defensa que presidía el General Miaja, se acostumbraron a seguir haciendo una vida normal, aparentemente normal, sin preocuparse por los proyectiles de artillería o los bombardeos de aviación.

Interesaba menos el peligro de la metralla que la cola de los boniatos o el fortuito racionamiento de la carne de marsopa, inesperadamente aparecida en los desabastecidos mercados.

La última oportunidad que tuvimos de eludir esta agobiante vida, fue también rechazada por mi padre, cuando Alberti y el 5º Regimiento, organizaron un éxodo selectivo de intelectuales con destino a la Casa de la Cultura de Valencia. Allí se fueron mis escasos compañeros del Instituto-Escuela que aún permanecían en Madrid.

Ya estábamos entregados al destino; un destino de tragedia griega, sin esperanza...

Con la distancia del tiempo; de la inserción del tiempo en la carne, como decía Unamuno, he aprendido a reflexionar sobre la personalidad de mi padre, consagrado a mantener en el Ateneo un refugio de recogimiento y estudio, al margen del desenfreno exterior y las escenas desgarradoras del mundo circundante. Cotidianamente, a las diez de la mañana, cuando había pasado el habitual bombardeo madrugador de un trimotor al que los madrileños habían



bautizado ingeniosamente como “el lechero”, se dirigía Candamo hacia el Ateneo. Al pasar por Cibeles, solía coincidir con el ataque de las baterías de la Casa de Campo. Como si se tratara de esquivar una lluvia de primavera, continuaba su marcha amparándose en la fachada del Banco de España. Un día, alguien que le conocía, avanzó el brazo desde un portal y le introdujo con violencia en el zaguán: -«Don Bernardo, está usted loco caminando impávido entre la metralla, ¿no siente el temor de que puede caer descuartizado?». Mi padre hizo un gesto de indiferencia. El interlocutor, sin dejarle salir hasta que se apaciguara el ataque, sentenció categórico -«Pues eso, don Bernardo, no es valor: ¡es falta de imaginación!».

Esta actitud de impavidez, ajena a la épica, configuraba el carácter del habitante de la ciudad sitiada, en la que cada uno sobrevivía sin exageración ni fiereza. Era la figura del *antihéroe*, ajena a la dramaturgia, aunque con el corazón desolado.

Ya no se dirigía Candamo al pupitre número 1 de la biblioteca vieja, al superar la escalinata del Ateneo, porque era inmediatamente recibido por su gran colaborador en aquellos difíciles tiempos: el conserje Antonio Torres, un personaje completamente olvidado entre los historiadores ateneístas, sin cuya lealtad y entusiasmo, también hubiera desaparecido la *docta casa*.

Conservaba Antonio Torres el empaque y la cortesía de un antiguo mayordomo de casa grande que, en realidad, era su verdadero oficio consagrado por los años dedicados al servicio de un importante embajador de Francia, gran señor ilustrado y jacobino que había introducido a su criado en la masonería.

Torres se jactaba, en secreto, de disfrutar, al cabo de muchos años, un alto grado en esa institución, grado superior al que tenían los más importantes políticos ateneístas, muchos de ellos adheridos en tiempos muy recientes. En casa, sentíamos por Torres el gran afecto que merecía, aunque humorísticamente, cuando hablábamos de él en la intimidad, aludíamos a su nombre masónico que era «Espartaco».

La devoción que sentía Antonio Torres por don Manuel Azaña era tan grande, que en un famoso mitin azañista obligó a asistir a todos los empleados y también llevó consigo al enorme y famoso gato negro del Ateneo, llamado Platón.

El conserje transmitía a don Bernardo toda suerte de adversidades: había que suspender la calefacción por absoluta carencia de carbón; una potente bomba caída durante la noche en el adjunto patio del Hogar Vasco,



había destrozado los cristales de la biblioteca y no se podían reponer; tampoco restaban fondos para pagar los modestos sueldos de los empleados de la casa. Había que llamar por teléfono a Azaña para que arbitrara una subvención que llegaría tarde y mermada por nuevos gastos.

No obstante, Bernardo G. de Candamo, el Antihéroe, se negó a cualquier claudicación que pudiera conducir a la clausura temporal del Ateneo, por lánguida que fuera su actividad.

Acudían a la biblioteca contadas personas, entregadas a la lectura con mayor placer que nunca, sin propósito alguno de preparar comunicaciones ni estudios. Leer por placer, sin exigencias de ninguna clase, pudiendo elegir entre cuatrocientos mil volúmenes era un gozo para quienes siempre habían tenido que cumplir un plan previsto. Era dejarse seducir por una inteligente bohemia como los poetas románticos.

Las circunstancias no eran propicias para sostener un Ateneo culto y libre, como quisieron los fundadores, donde pudieran convivir hombres de todas las ideas, pero el viejo ateneísta Bernardo G. de Candamo no podía abandonar ante la policía al hombre que lee. Algunas veces, los indagadores aficionados o profesionales irrumpían en busca de alguien que permanecía en la biblioteca, ya fuera un sacerdote camuflado o un ingeniero, ruso blanco, dedicado a calcular estructuras de importantes edificios.

El conserje Antonio Torres, avisaba a mi padre: -«don Bernardo, vienen a buscar al ruso blanco»...Mi padre, advertía inmediatamente al perseguido para que pudiese tomar las de Villadiego por la escalera de la adjunta casa de la calle de Santa Catalina, propiedad del Ateneo.

Madrid, con el adversario en las Tapias de la Casa de Campo, se acostumbra a sobrevivir sin ira, en templanza, como si la vida modestamente organizada fuese a durar eternamente. La vida era así biológicamente y había que vivirla. Como decía Alexis Carrel en *La incógnita del Hombre*, la inteligencia es facultad de adaptación al medio.

Una noche, en mi casa, requerí a mi padre para que viera desde el balcón cerrado, el espectáculo de unas bellísimas luces verdes que caían del cielo. Teníamos aún el conocimiento ignaro de que en la guerra se pueda ofrecer alguna distracción gratuita. De manera inmediata, tras las bengalas, se produjo la explosión de un par de bombas. La detonación rompió los cristales sobre nuestras cabezas causándonos cortes y hemorragias en nuestros cráneos.



Nunca volveríamos a sucumbir ante la fascinación de las bellas luces que envían los dioses de la guerra entre fragmentos de metralla.

En el aislamiento del cerco la vida cultural se polariza lentamente, de manera en cierta manera ecléctica en el frígido ámbito del Ateneo, sin calefacción y sin cristales en tres años que, según las estadísticas, fueron los más fríos del siglo XX.

Candamo pensó movilizar a esa suerte de aburridos fantasmas, catedráticos e intelectuales ociosos que pululaban melancólicos por la biblioteca y la *Cacharrería*. La solución era organizar cursos de idiomas y otras disciplinas que pudieran atraer nuevos socios a la casa.

Recuerdo con emoción aquellas clases en las que tuve la suerte de participar como alumno en mi tierna adolescencia de quince y dieciséis años.

La clase de inglés, estuvo a cargo de una maravillosa amiga de mi madre, Hortensia Aranzabe, nacida en Liverpool, de madre inglesa que había sido maestra en su ciudad natal. Como había intuido mi padre, empezaron a llegar nuevos socios de las más diversas edades y condiciones, a los que Hortensia atribuyó singulares nombres. Un elegante caballero apellidado Pazos, antiguo alto funcionario del Banco de España, fue designado por nuestra profesora con el nombre de «El Caballero de la Barba Gris»-«The Knight of the Grey Beard»-. Una señorita treintañera, que se adornaba con una araña de bisutería, sería «Miss Spider» y una gran señora rusa, cantante de ópera, perteneciente a la familia imperial, llamada Vera Romanova, «The Russian Lady».

Luego, asistían niñas adolescentes de las que me enamoré intensamente; Montserrat Pons; Sol Barrena, «Titania» y otras. Hortensia, empleaba como base de su método un libro colegial de Charles Lamb, titulado *Tales on Shakespeare*, que resumía las obras «shakespearianas», para poderlas representar en los colegios.

La clase de alemán fue encargada a un magnífico profesor, probablemente huido de su país por problemas étnicos, que era Herr Wiesenthal. Había también clase de árabe vulgar, dispensada por una guapísima señorita marroquí que me «insuleyaba».

Como asignatura eminente destacaba la disciplina de altas matemáticas desarrollada por el profesor Barinaga, personalidad de fama mundial, presidente de la Sociedad Matemática Española, ateneísta ilustre, introductor en España del álgebra moderna de Van der Waerden.



Estas actividades docentes se alternaban con una vida muy restringida de tertulias y esporádicas visitas de escultores como Victorio Macho y Juan Cristóbal, amigos de mi padre que luego se trasladaban juntos al restaurante *Lhardy*, con la esperanza de que todavía quedase alguna pasta de bellota y *vermouth*.

La obsesión de la comida era tan notable en el Madrid sitiado que superaba al ansia de cultura incluso en los más consagrados intelectuales. Siempre recuerdo al extraordinario profesor latinista Bonifacio Chamorro, traductor de noventa obras de Horacio a verso castellano, cuya máxima alegría durante los mil días de asedio, tuvo lugar en la biblioteca del Ateneo. Un día el inolvidable empleado de la biblioteca, Mariano Álvarez, había conseguido de su pueblo un saquito de patatas que repartió generosamente entre los asiduos lectores. El profesor Chamorro, especialista en las obras de Horacio, se sintió tan emocionado que escribió una exquisita... ¡«Oda a la patata»!, cuyo original me entregó en esta biblioteca, en octubre de 1938, hace setenta años y que conservo amorosamente.

Hablar de las actividades culturales de Madrid, durante el larguísimo asedio de mil días, resulta complicado. Además de este núcleo de atracción y misterio que constituía el Ateneo, al que asistían artistas insignes como el pintor Estalella, artista y diplomático cubano que dejó fama de generosidad inolvidable por su arriesgada ayuda a los perseguidos de uno y otro bando. Algunas veces iba yo de su parte a un piso de Ayala, 27, donde me regalaban chuscos y productos de la huerta.

Magnífica presencia en el Ateneo era la del maestro Turina, genio superlativo, con Falla y Albéniz, de la moderna música española y locuaz contertullio, como buen sevillano que nos descubría secretos de gran entidad; por ejemplo decía: «Toda la música española moderna está inspirada en Bizet, cuya ópera Carmen fue un gran fracaso. Murió tres meses después de su estreno. Sin embargo, Bizet, no recibió directamente las cadencias españolas, sino de Cuba, a través de Iradier, riojano de Álava que vivió en Cuba y utilizó en sus obras los elementos isleños».

Mi educación en el Instituto-Escuela, donde se practicaba la redacción del resumen en lugar de la machaconería del libro de texto, me ha permitido conservar en mis viejos cuadernos impresiones y confidencias exclusivas.

Con estas actividades del Ateneo, los mil días de la guerra en Madrid, tuvieron dinamismo cultural en la famosa Alianza de Escritores de Alberti y María Teresa León. El ingenio de Rafael y la eficacia vital de M^a Teresa, crearon algunas maravillas en el sustrato de la propaganda.



Pero sobre todo, no se puede olvidar la Escuela de Bellas Artes, dirigida por Daniel Vázquez Díaz, el Cézanne español, situada en las estancias del antiguo Museo de Arte Moderno, en el edificio de la Biblioteca Nacional, y de la que surgieron los magníficos pintores de la joven escuela de Madrid.

Otro día hablaremos, porque como dijo Alfred de Musset:

«Lo que era ya no es

y lo que será no es todavía».

© Luis G. de Candamo

Octubre de 2008